

## El hispanismo norteamericano de Jorge Guillén en las *Cartas a Teresa*: una comunicación confidencial\*

### Jorge Guillén's North American Hispanism in *Cartas a Teresa*: a confidential communication

---

JOSÉ MANUEL MORA FANDOS Y GUADALUPE ARBONA ABASCAL

Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Ciencias de la Información. Sección Departamental Literaturas Hispánicas y Bibliografía. Despacho 104. Av. Complutense s/n, 28040 Madrid (España). / Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Ciencias de la Información. Sección Departamental Literaturas Hispánicas y Bibliografía. Despacho 104. Av. Complutense s/n, 28040 Madrid (España).

Direcciones de correo electrónico: [jmora02@ucm.es](mailto:jmora02@ucm.es) / [arbona@ucm.es](mailto:arbona@ucm.es).

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6391-4016> / <https://orcid.org/0000-0002-6391-4016>.

Recibido/Received: 19-1-2023. Aceptado/Accepted: 21-6-2023.

Cómo citar/How to cite: Mora Fandos, José Manuel y Arbona Abascal, Guadalupe (2023). “El hispanismo norteamericano de Jorge Guillén en las *Cartas a Teresa*: una comunicación confidencial”. *Castilla. Estudios de Literatura*, 14, pp. 495-524. DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.14.2023.495-524>.

Artículo de acceso abierto distribuido bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](#). / Open access article under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](#).

**Resumen:** El epistolario inédito del poeta de la Generación del '27 Jorge Guillén a su hija Teresa, escrito de 1948 a 1984, presenta, a través de su estilo particular de correspondencia familiar, información relevante sobre el hispanismo norteamericano desde 1948 hasta 1957. En el presente estudio se han seleccionado y comentado cuatro bloques temáticos del epistolario: la Escuela Española de Middlebury College, Nueva York como ciudad de encuentro con académicos y escritores; y dos reconocimientos que recibió Jorge Guillén en 1955 y 1957: el premio de la Academy of Arts and Letters y el nombramiento para la cátedra Charles Eliot Norton de la Universidad de Harvard.

**Palabras clave:** Jorge Guillén; hispanismo norteamericano; Teresa Guillén; epistolario

**Abstract:** The unpublished correspondence of the poet of the Generation of '27 Jorge Guillén to his daughter Teresa, written from 1948 to 1984, presents, through its particular style of family correspondence, relevant information on North American Hispanism from 1948 to 1957. In the

---

\* Este trabajo se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación “*Cartas a Teresa*. Digitalización, contextualización y análisis de redes de las cartas de Jorge Guillén a su hija (1948-1984)”, PID2019-105015RB-I00, Programa Estatal I+D+i orientada a los restos de la sociedad. Ministerio de Ciencia e Innovación.

present study four thematic blocks of the epistolary have been selected and commented: the Escuela Española of Middlebury College, New York as a meeting place for academics and writers; and two awards that Jorge Guillén received in 1955 and 1957: the Academy of Arts and Letters award and the appointment to the Charles Eliot Norton Chair at Harvard University.

**Keywords:** Jorge Guillén; North American hispanism; Teresa Guillén; epistolary.

## INTRODUCCIÓN

Este trabajo señala la especial relevancia de algunos hechos, lugares, personas y reconocimientos referidos a la presencia de Jorge Guillén en territorio estadounidense desde 1948 hasta el año de su jubilación, en 1957. Todos ellos son claves para entender el corazón del hispanismo norteamericano en esa década. El estudio se basa en el epistolario, hasta ahora inédito, *Cartas a Teresa*: un conjunto de cartas que Jorge Guillén dirige a su hija, Teresa desde 1948, tras la muerte de Germaine Cahen, primera esposa de Guillén, hasta 1984, fecha de su muerte en España. En ellas se encuentran claves y nudos que muestran el fraguarse de redes intelectuales e institucionales del hispanismo en Estados Unidos.

Las cartas fueron donadas por la destinataria en 2014 al Wellesley College, universidad de mujeres cercana a la ciudad Boston, en la que su padre dio clases desde 1940 y hasta su jubilación en 1958<sup>1</sup>. Además, en ella se graduó Teresa Guillén. De este modo, el epistolario se sumó a la colección de manuscritos de Jorge Guillén que custodia esta biblioteca. La mayoría de estas cartas tratan principalmente sobre temas personales y

<sup>1</sup> El epistolario es una colección de aproximadamente 1.100 cartas, en su mayoría inéditas, a excepción de la antología publicada on-line (<https://guillen.linhd.uned.es/antologia/>). Está depositado en la biblioteca de la Margaret Clapp Library del Wellesley College, (Massachusetts, EEUU). Específicamente se encuentran en 3P Jorge Guillén papers, Wellesley College Archives. Library and Technology Services, Box 19Folder 1, File: "Letters from Teresa Guillén to Jorge Guillén". Queremos agradecer a las archiveras su ayuda y disponibilidad, especialmente a Mary Yearl y a Jane A. Callaghan, Sara Ludovissy y Katie Lamontagne. En el presente artículo, las cartas se citarán solamente por la fecha de escritura, entre paréntesis.

Los fragmentos citados de las cartas han sido transcritos subsanando los eventuales y pocos errores orto-tipográficos de Jorge Guillén, y adaptando las citas a criterios orto-tipográficos actuales. Para el proyecto de la edición de las cartas hemos corregido las erratas evidentes y regularizado la acentuación según el uso actual. Los signos de puntuación sólo se han introducido o modificado cuando se consideraba imprescindible para la comprensión del texto.

familiares y están fechadas —entre otros lugares— en París, Wellesley, Madrid, Florencia o Roma.

Se conocen muchos aspectos del hispanismo norteamericano en el que estaba implicado Jorge Guillén: se tiene noticia de ellos a través de los epistolarios de Guillén con Pedro Salinas hasta 1951, y con Américo Castro hasta 1972; pero el epistolario a su hija Teresa aporta una relevancia de detalles especialmente humanos que expresan valoraciones de las relaciones de Guillén con otros hispanistas, valoraciones de la red de contactos, amistades, cercanías y desencuentros que tiene con ellos, y de la relación con instituciones clave del ámbito académico y del exilio, que a menudo coinciden.

Las noticias sobre el hispanismo norteamericano protagonizado y favorecido por Jorge Guillén que se pueden extraer de este epistolario son, pues, singulares. Existe una razón que hace que casi todos los hechos, personas o comentarios que aparecen en estas cartas estén relacionados con la vida cultural y literaria que se respiraba en la familia: hay que tener en cuenta que Teresa participa intensamente de la vida de su padre, le apoya en todo y es una magnífica anfitriona que hospeda y conoce a los compañeros de generación de su padre desde que es niña; más tarde se ocupa de muchas de las cuestiones de edición de Jorge Guillén, es una gran lectora y mantiene los contactos con profesores y amigos del poeta. Dedicar parte de su día a la correspondencia, especialmente con su padre. No en vano, Carlos Ramos ha considerado la vida de Teresa “a Life in Letters” (Ramos, 2022: 253). Además, se ha casado en 1943 con Stephen Gilman, que había estudiado en Princeton y terminado el doctorado con Américo Castro allí en 1943. Desde ese momento los derroteros académicos de Gilman marcarán principalmente los movimientos de la nueva familia, y por lo tanto las temporadas de escritura de cartas de Guillén a su hija, así como las de silencio epistolar cuando pueda reunirse con ella y su familia en periodos vacacionales. El itinerario a grandes rasgos sigue esta secuencia: en 1946 Gilman consigue la plaza de Associate Professor en Princeton, hasta 1948 en que ocupará otra del mismo rango en la Ohio State University, en Columbus. En 1950 es nombrado Professor en esta universidad y recibe la beca Guggenheim para el curso 1950-1951 (en este curso la familia Gilman estará en Europa). En el semestre de otoño de 1955 comienza a dar clase como Associate Professor en Harvard, y en 1957 es nombrado Professor. Desde que Teresa se asienta en Boston, primero en Arlington -donde también vivía Amado Alonso- luego en Gray Gardens, muy cerca de Harvard Square y al final

de su vida en una casa en Memorial Drive, a orillas del río Charles, que separa Cambridge de Boston, hará de su casa un centro que acoge a estudiosos, artistas, escritores y músicos de todos los países, pero especialmente españoles, del mundo hispánico e hispanistas (Christian, 2020; Vicent, Martínez, Díaz del Río, 2020: 11). Teresa Guillén se convirtió en una verdadera promotora del hispanismo hospedando y reuniendo a profesores, escritores y artistas -muchas veces en torno a una mesa porque era una magnífica cocinera-. Por eso se puede decir que la vida común entre padre e hija y el conjunto de sus relaciones epistolares son una fuente de información sobre movimientos de hombres y mujeres que constituían esa “España peregrina” y que por su vitalidad fueron polo de atracción de hispanistas y amantes de la cultura española.<sup>2</sup>

Con respecto al tono del epistolario debemos señalar que es necesariamente distinto al de las cartas a Salinas y a Castro. Jorge Guillén busca y encuentra en Teresa un consuelo familiar por la esposa fallecida, un baluarte firme que sostiene la familia; una ayuda para las cuestiones de la vida cotidiana práctica, para los asuntos económicos; y una confidente para sus impresiones agradables y desagradables en su trato con otras figuras del hispanismo en Norteamérica y con académicos de otros ámbitos, y con artistas con los que se encuentra como resultado del talante comunicativo de Guillén. Con todo, nos parece que algunos rasgos genéricos señalados por Enric Bou sobre el estilo habitual de Salinas y Guillén en todos sus textos, se pueden encontrar también en las cartas a Teresa:

Una segunda característica es de raigambre estética y tiene que ver con el “rigor formal sostenido” (1992: 14) que caracteriza la literatura de ambos. Son ambos escritores de estirpe juanramoniana, muy atentos a la presentación final de sus textos. Ello se evidencia en los libros de poemas, en el cuidado en los textos ensayísticos en prosa. También fueron defensores de una intimidad que se traduce en una mesura en la expresión de la misma,

---

<sup>2</sup> Claudio Guillén prefiere hablar de desterrados. Lo hace en un artículo en el que habla del destierro de los europeos que reunió América: “ni cabe dividir a España de Europa. Quienes estudiamos por aquellos años cuarenta y cincuenta lo debemos todo al altísimo nivel de calidad de los desterrados españoles y europeos reunidos en América durante los años del fascismo y del nazismo, el de Américo Castro, el de Wellek, los Spitzer, los Auerbach, los Jaeger, los Jakobson, los Panofsky y los Marcuse. La universidad norteamericana, que acogió con verdadera liberalidad a los unos y los otros, mejoró en consecuencia de manera extraordinaria. Jorge Guillén perteneció a ese submundo” (Guillén, C., 2002: 91)

cubierta siempre por un velo que disimula la vehemencia y que no está reñida con la intensidad. (2014: 60)

Y especialmente algunos rasgos que Bou identifica en el epistolario de Guillén a Germaine Cahen, y con el que las cartas a Teresa no pueden dejar de compartir un carácter particular:

El lector acostumbrado a otras muestras de la prosa guilleniana, como el potente epistolario intercambiado con el gran amigo Pedro Salinas, o los magníficos textos ensayísticos, reconocerá en las cartas a Germaine Cahen aquella prosa acerada, por momentos tendente a la expresión telegráfica, el adjetivo acertado, la visión precisa a la que nos tiene acostumbrados. Poco amigo de los excesos y rodeos, como en su poesía, el único momento en que vemos a un Jorge Guillén algo desmelenado es en las primeras cartas de amor, las que corresponden al período del noviazgo. (2014: 63)

Teniendo en cuenta la relevancia tanto del modo en que Jorge Guillén comunica con su hija, como del contenido de esa comunicación, para conocer nuevos datos del hispanismo en Norteamérica en el periodo de 1948-1958, hemos elegido varios polos que nos han parecido cruciales o menos estudiados y que están presentes en las cartas.<sup>3</sup> En este sentido, hemos dividido el trabajo en cuatro aspectos: los dos primeros se refieren a lugares geográficos: la Escuela Española de Middlebury College y Nueva York; y dos reconocimientos que recibió Jorge Guillén en 1955 y 1957, que son emblema de esta alianza y reconocimiento de Norteamérica hacia Guillén y de Guillén hacia Norteamérica. Se trata del premio de la Academy of Arts and Letters y del nombramiento para la cátedra Charles Eliot Norton de la universidad de Harvard.

### **1. LA ESCUELA ESPAÑOLA DE MIDDLEBURY COLLEGE: “¡QUÉ ATMÓSFERA DE ARMONÍA, QUÉ ISLOTE DE AMISTAD!”**

Uno de los focos de referencia en las cartas a Teresa, por su importancia sentimental y vital, es Middlebury College. Como escribiría Isabel García Lorca (2002: 214): “En la vida de los exiliados españoles

---

<sup>3</sup> Dejaremos para mejor ocasión el núcleo muy rico de profesores de Harvard, cuya cabeza era el maestro Amado Alonso y del que se conserva 33 cartas en las que aparece el profesor; y el núcleo de discípulos de Américo Castro, desde la Universidad de Princeton y después la de California. Sobre don Américo existen 36 menciones en las cartas.

jugó un papel importantísimo y en nuestra familia muy especialmente.” Guillén entra en contacto con esta universidad del estado de Vermont, en el curso 1938-1939. Por mediación de Pedro Salinas encuentra en ella su primer destino laboral en el exilio norteamericano como *Visiting Professor* en septiembre de 1938. En carta del 18 de agosto Salinas lamenta no poder recibirle en Nueva York, y le indica que Juan Centeno, el director del Departamento de Español de Middlebury, le esperaba para el 22 de septiembre. “Ya te hemos preparado Centeno (hombre admirable) y yo planes para el estío [de 1939]” (Salinas-Guillén 1992: 189). En la carta del 3 de octubre se aprecia la sostenida preocupación de Salinas porque Guillén se establezca en el ambiente académico lo mejor posible:

Sé que te van a invitar a dar una conferencia en Dartmouth College, New Hanover. Es ante una Asociación de Profesores de Español, que se reúne allí el 12 de noviembre. Acepta. Te darán unos, aunque pocos, dólares. [...] ¿Has hablado con Onís para conferencias? ¿Tienes algo planeado? Dímelo. Ya que estás aquí lo que importa ahora es que no te vayas. (p. 191)

En la carta del 31 de octubre ahonda de modo más explícito y delicado en sus deseos y propuestas:

Pero si persistes en tu intención de quedarte en los Estados (y yo lo apruebo con toda mi alma) quisiera preguntarte si hay algún inconveniente para que lancemos ya una campaña en busca de alguna cátedra. No hay grandes esperanzas concretas, pero de todos modos algo tenemos que hacer. Y lo primero es escribir a Onís, tú, y yo a Tarr, a Schevill, a Morley, a Ortega y cuanta gente se me ocurra. (p. 193)

Este primer destino laboral en Middlebury, pero sobre todo su Escuela Española de verano, dejaría una profunda impronta en Guillén pues supuso el encuentro con una de las manifestaciones más importantes, si no la principal, del fenómeno académico y humano del hispanismo en Estados Unidos durante las décadas de los años 40 y 50. La Escuela Española de verano, iniciado en el verano de 1917 bajo la dirección de Julián Moreno-Lacalle, era un lugar de referencia para los exiliados españoles del ámbito del hispanismo, que se integraban como profesores en su programa de cursos y conferencias sobre el idioma, la historia y la cultura españolas, y que se celebraba durante los meses de julio y agosto (Véquez: 2017). A este programa se sumaría Guillén en el verano de 1939, al terminar sus obligaciones como profesor en el Departamento de español de

Middlebury. Tras su estancia docente en la Universidad de McGill en Montreal durante el curso 1939-1940, volvería a la Escuela Española en el verano de 1940, y a continuación asumiría en octubre la plaza de profesor en Wellesley College, Massachusetts. Desde estos primeros encuentros con Middlebury, se iniciará una relación frecuente como profesor ocasional de la Escuela Española hasta finales de los años 50.

La primera carta con mención a Middlebury en el epistolario a Teresa se registra en 1950, pues en el verano de 1948 una operación por desprendimiento de retina le impedirá acudir a la Escuela Española —lo que provocará su sustitución por Luis Cernuda—, y en el verano de 1949 se encontrará en España. Volverán a aparecer referencias en cartas de 1951, 1953, 1955, 1956 y 1957. Además de referir sucintamente a su hija la presencia de algunos amigos y conocidos, las cartas revelan el deseo de compartir los sentimientos de amistad, reconocimiento y tranquilidad que experimenta en la compañía de un buen número de hispanistas en mayor o menor medida marcados por el mismo sino del exilio republicano. E inextricablemente unido a esta situación sentimental está el recuerdo emocionado a su esposa, con quien hizo el descubrimiento y enraizamiento en aquel mundo y aquella red de cordialidades y proyectos vitales y profesionales. Para la propia Teresa la Escuela Española de Middlebury no podía dejar de tener una significación profunda, personal y familiar, pues había sido el lugar donde había conocido a su futuro marido, Stephen Gilman, en 1941. En 1943 Guillén llegaría a escribirle una afectuosa carta al director de la Escuela, Juan Centeno, “Juanito”, en la que se lee:

La boda, en efecto, no puede ser más Middlebury, mejor dicho, más Centeno. En su puesto [el de Juan Marichal, que no pudo enseñar ese verano] fue Gilman a la Escuela de Verano. Por usted fuimos nosotros. ¡Y eso fue todo! Estamos contentos. Y nos confirma en nuestra completa satisfacción al ver a Teresa con la mejor alegría! (carta citada y anotada por Garrido Domínguez, 2015: 187)

A aquel encuentro de julio de 1950 había acudido Guillén acompañado de su hijo Claudio —que comenzaría a dar clase en la Escuela Española en 1953, recién doctorado en Harvard—, con Amado Alonso, al que hacía poco le había sido diagnosticado un cáncer. A punto de salir para Middlebury desde Arlington, Massachusetts, escribe en la carta del 20 de julio: “Amado se encuentra bien. Natural, tranquilo, afectuoso (¡Y yo más

cercano, desde su enfermedad! Eso me parece)”. En menos de dos años el cáncer terminaría con su vida, el 26 de mayo de 1952.

En la carta escrita desde Middlebury el 24 de julio le confía a Teresa la satisfacción de volver a aquel lugar, “Todo el mundo está archicariñoso con nosotros”, y menciona la alegría de encontrarse con María de Oñate, Pedro Salinas, Juan Marichal y Solita Salinas, Gloria Giner, Laura de los Ríos, Paco García Lorca, José Manuel Bleuca, entre otros, y el reconocimiento del que es objeto: “¡Tengo tanta gente «adicta» aquí!”, escribe lacónica y humorísticamente. Están todos, pero faltan los más importantes, Germain y Juan Centeno, fallecidos respectivamente en 1947 y 1949:

Fuimos los de la Escuela a llevar flores a la tumba de Juanito; y allí recité la elegía, breve, pero sentida, a Juanito. Anoche comencé mencionándole. ¡Qué contenta habría estado anoche después de la conferencia, si mamá hubiese estado aquí! Lo esencial me falta en todas partes...

El balance inmediato a aquellos días que comunica a Teresa es revelador de su significado personal y profesional: “La temporada de Middlebury fue perfecta. ¡Qué atmósfera de armonía, qué islote de amistad!” (3 de agosto de 1950).

Impresiones idénticas volverán a consignarse en la carta a Teresa del 1 de agosto de 1951, desde Middlebury, cuando Guillén retorne para participar en la Escuela Española:

Pasé la noche en el tren; llegué a este insigne pueblo a las seis de la mañana. Llegada melancólica. Hace 13 años descubría Middlebury con tu madre. ¡Cuántas memorias! Un taxi me trajo a Hepburn, y esperé. Todos amabilísimos.

Y en la del 5 de agosto, también desde Middlebury, indica con elocuente parquedad: “Todos están —menos tu madre, menos Juanito—”. En la carta del 1 de agosto, resalta los nombres de “Ángel del Río, González López, García Blanco, Casalduero, don Tomás Navarro, etc., etc.”, y dedica una significativa extensión a su encuentro con Pedro Salinas —el último, pues Guillén marcharía a Europa con una *leave* de Wellesley para el semestre de otoño de ese año—, relatado con su contención expresiva habitual, incluso cuando refiere vivencias emocionantes a destinatarios íntimos:



Entré —hacia las 9 y media, en casa de Pedro— sin avisar. La puerta abierta me puso delante de Pedro, en la cama. Pedro se emocionó, lloró. (Recordé mi facilidad para las lágrimas después de mi operación). Se levantó poco después. Anda a pasitos lentos, con un bastón, y en seguida se sienta. Delgado, sin afeitar. ¡Qué pena, Dios mío, qué desolación! Volvió a llorar cuando le hablé de las cartas que había recibido de Claudie “con juicios tan acertados, tan justos” sobre Europa, sobre las gentes. (¡Se acordaba de Jaime! Jaime vive en casa aparte, desde hace algunos meses). Y Solita es quien debe sostener sobre sus hombros delicados esta situación. Ella me contó la verdad: entre otras cosas, un agujero en la espina dorsal. (¡Reserva absoluta, por Dios!) Un médico da como plazo cinco años; otro, nada más tres. Y Pedro, tan lúcido e ingenioso como siempre. “Huelga de mis músculos caídos” dice. “Aquí estoy, al margen de los clásicos, de los clásicos que se explican en la Escuela”.

En el verano de 1953 Guillén había hecho planes para pasarlo con Teresa y su familia en Columbus, Ohio, en cuya universidad era profesor Stephen Gilman, de modo que comunica a su hija en la carta del 23 de junio que ha decidido no acudir a Middlebury en esa ocasión. Será Claudio quien acuda esta vez como profesor (carta del 27 de junio). Pero en la carta del 28 de junio le cuenta un súbito cambio de planes, y la confluencia de sentimientos contrastantes:

Estaba yo contento y tranquilo, haciendo “de mi capa un sayo” —como decía mi madre— cuando anoche me llamaron de Middlebury don Américo y Ángel del Río. Llamada muy amable: me pedían que fuese a dar la conferencia. ¿Qué hacer? Se pasa uno la vida templando gaitas —yo también soy amable— o, en esta ocasión, albugues moriscos. ¡Maldita la gana que tengo de ir a Middlebury! Pero iré —o sea, retrasaré mi llegada, ¡qué “atrocidad”!— a Columbus hasta el miércoles de la otra semana. La conferencia será el lunes 6, tomaré el tren el 7 y llegaré el 8. Ya os avisaré la hora. Yo saldré de aquí el jueves 2, para llegar el viernes por la tarde a la Escuela Española. Evitaré así el amontonamiento del fin de semana, y veré a los amigos antes de la conferencia. ¡Qué fastidio!

Sí, todo muy amable, lo reconozco complacido y hasta *flatté*. Pero... ¡Esos niños, ese jardín, esas conversaciones y lecturas con Antó, esos viajes con Isabel!

Es fácil interpretar que en esta ocasión los deseos de los dos hispanistas mencionados, con los que había contraído antiguas y profundas

relaciones de amistad y obligación profesional, se impusieran al gusto personal de disfrutar de más tiempo de vacaciones en compañía de la familia, especialmente de los nietos. Ángel del Río era el sucesor de Juan Centeno en la dirección de la Escuela Española desde 1950, después de que Joaquín Casaldueiro se hubiese hecho cargo temporalmente de ella en el verano de 1949.

En las tres últimas cartas que refieren a Middlebury, Guillén seguirá confirmándole a Teresa su constante sintonía y agradecimiento con aquel ambiente y aquella red de amistades y proyectos que tan profundamente habían calado en su vida en el exilio, y a los que contribuyó: “Y Paco G. L. [García Lorca, director de la Escuela Española de 1955 a 1963] había querido hacerme Doctor Honoris Causa en Middlebury este verano. Se dejará para el verano del 56. Todo eso es... vejez. ¡62 años!” (14 de enero de 1955). “Los días de Middlebury siguieron siendo muy agradables.” (17 de agosto de 1956). “Es realmente muy agradable pasar unos días en este territorio internacional de Middlebury” (4 de agosto 1957).

## 2. NUEVA YORK, NUDO DE AMISTADES Y DE HISPANISMO

A lo largo del epistolario a Teresa, son recurrentes las estancias breves de Jorge Guillén en Nueva York, como no ocurrirá en ninguna otra ciudad norteamericana. Estas estancias aparecen mayoritariamente registradas en las cartas de la década de los 50. Si Nueva York queda necesariamente singularizada por nuestro autor como lugar obligado desde el que tomar un avión o un barco para desplazarse a Europa o México, lo es en mayor medida por constituir el principal lugar de encuentro con un gran número de exiliados hispanistas amigos. A Teresa le da cumplida y sucinta cuenta de sus principales encuentros en Nueva York, pero para comprenderlos mejor es conveniente considerar primero que esta concentración en buena medida se había debido al deseo del presidente de la Columbia University en 1916 de hacer de su universidad el principal centro de hispanismo en los Estados Unidos (Véquez: 2017). Como respuesta a su deseo había llegado aquel mismo año a Columbia el catedrático salmantino Federico de Onís, vinculado a la Institución Libre de Enseñanza, que diseñaría el plan de estudios del Departamento de Español. Onís se quedaría permanentemente en el Departamento, convirtiéndose en su director, y entre otras iniciativas, fundaría y dirigiría el Instituto de las Españas de Columbia University para las relaciones entre España, Hispanoamérica y los Estados Unidos, y codirigiría la *Revista Hispánica Moderna*. Onís

facilitaría la llegada y establecimiento de académicos españoles a Estados Unidos, principalmente a partir de la Guerra Civil y vinculados a la Institución Libre de Enseñanza:

Gracias a él pasaron o se quedaron en Estados Unidos, en aquellos años fatídicos, el director de la sección, Ramón Menéndez Pidal, y sus más estrechos colaboradores: Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, Homero Serís, José Fernández Montesinos, Luis Álvarez Santullano y Ramón Iglesia. [...] Además de los miembros de la propia sección, Onís ayudó directamente a otros destacados colaboradores del Centro de Estudios Históricos: Pedro Salinas, Jorge Guillén, Claudio Sánchez Albornoz, el propio José Castillejo. (Niño, 2007: 239)

Por el epistolario Salinas-Guillén sabemos que Onís constituía una posible ayuda para la estabilidad laboral y económica de Guillén a su llegada a Estados Unidos; y además tuvo un papel decisivo en la obtención de la plaza de profesor de Guillén en la McGill University de Montreal (Niño, 2007: 241). Pero en la carta a Teresa fechada el Wellesley el 22 junio de 1950, en la que le cuenta su reciente visita a Nueva York, le comenta: “Cené con los Onís, se reanuda la relación interrumpida durante más de cuatro años. Onís me hizo halagos de Steve y expresó el deseo de conocerle a su paso por Nueva York.” Aquella interrupción en la relación pudo tener que ver con el desacuerdo de Salinas y Guillén con la postura negativa de Onís con respecto a España en favor de Hispanoamérica. Este desencuentro se puede seguir en el epistolario entre Salinas y Guillén. El 16 de febrero de 1946 le escribe Guillén a Salinas: “Onís —amabilísimo, hasta cariñoso (como de costumbre) conmigo— va a publicar, por fin, con Losada la segunda edición de su Antología. Sigue de un antiespañolismo rabioso. ¡Curioso desenlace!” (375).

Y en la carta de Salinas a Guillén del 2 de diciembre de 1947, se lee: “El Onís está cada día más bruto y atravesado, según todo el mundo”. (429) Y el malestar iría creciendo, para Salinas:

Se habló mucho también de los estragos que sigue haciendo Onís en el departamento [de Columbia]. Ha nombrado en unos meses a tres americanos más: Picón-Salas, Portuondo y un joven colombiano, de instructor. Margarita de Mayo, y todos, cuando se enteraron estaban escandalizados porque en un curso de esos interdepartamentales, sobre la cultura española en el XVI y XVII, en el que toman parte profesores de francés, italiano,

alemán, etc., España no estaba representada para nada ni por nadie. ¡Y en esa época! Parece que el culpable es Onís, que no ha querido tomarse ningún trabajo, y ha hecho dejación de su más elemental obligación moral. ¡Vaya tipo! (27 de mayo de 1950, p. 529)

Y Guillén escribe desde Wellesley el 26 de junio del mismo año, refiriendo una estancia en Nueva York:

Vi a los Lorcas, tan cariñosos como siempre, y a los Onís, amabilísimos. No me hablaron más que de Hispanoamérica en los términos más entusiastas. Pero lo que me satisfizo, y mucho, fue que a Onís le inspiró el suficiente respeto para que a mí no me diga las cosas obscenas de España que a otros les inflige. (537)

Pero como hemos indicado anteriormente la relación entre Onís y Guillén cambió en junio de 1952. En la carta del 28 de noviembre de ese año, fechada en Nueva York, se muestra que la buena relación continúa:

Voy a llamar a Onís. Y a Casaldueiro. Procuero no cansarme. Paseo, veo a poca gente. Abrazos, buen viaje. Antó: habla español por favor. Muchos besitos para ti y para mi nieta Isabel. La proposición de Onís me sorprende. ¡Quién sabe todavía!

Y en la carta del 1 diciembre del mismo año le escribe desde Wellesley, y queda claro el contenido de la proposición de Onís, y el interés de Teresa en que la relación reanudada se fortalezca:

Y, atendiendo —¡como siempre!— una indicación de Teresa, vi a Onís. Cené, pues, con él y Harriet el sábado por la noche. Amabilísimos, los dos. Y el Profesor me dijo: que propondría a Steve [para ocupar una plaza de profesor en la Universidad de Columbia] antes del 8 de diciembre; que vacilaba (¿o era una manera de excusarse?) entre proponer a Steve como *Associate Professor* —con 8.500— o como *Full Professor* con 9.000. ¿Qué hacer? —Pues lo que tenga más probabilidades de éxito —le decía yo. (Creo que la proposición más económica).

Más. Florit se encargará de la Revista y del Instituto Hispánico. Steve no tendrá más que estudiantes graduados. Y que Onís no ve más candidato posible que Gilman. “No hay otro” —es decir, de su valor. “Me fue muy simpático”. Harriett asentía.

Total: que estoy contentísimo. El sueño de Teresa —N. Y.— se realizará —es casi seguro—. Y yo os tendré muy cerca. ¡Estupendo! Imaginaos si me

expresé intensamente. Onís se jubilará en enero del 54. Entonces, él se irá a Puerto Rico por algún tiempo, y Steve ocuparía entonces el puesto — permanente—.

Pero finalmente Stephen Gilman conseguiría la plaza de Professor en Harvard en 1954:

Paco G. L. ha intervenido para que la revista *New World Writing* me pida la traducción del Prólogo. (Que saldrá en Madrid este verano). Y Harriet de Onís me ha escrito, porque ella es la traductora. ¡Grata sorpresa! Como se refería a Steve en su carta, le he dado las tres noticias: Harvard, Ford, Wisconsin. ¡Qué suerte —merezidísima— tiene Mr. Gilman! (3 de junio de 1954)

Onís no volverá a aparecer en las cartas hasta la del 17 de abril de 1958, en una fechada en Florencia, y luego en un amplio número de cartas de 1962 y de 1964: durante esos años Guillén es profesor visitante en la Universidad de Río Piedras en Puerto Rico, de cuyo Departamento de Estudios Hispánicos era profesor Onís. En todas las cartas se percibirá una actitud de respeto y cordialidad.

Entre los principales encuentros con amigos en Nueva York, de los que da a Teresa cumplida y sucinta cuenta, destacan los referidos a Tomás Navarro Tomás, establecido en Columbia desde febrero de 1939, y cuya cátedra de Filología Hispánica ocuparía hasta 1952, aunque había sido profesor visitante antes de la Guerra Civil. Es llamativo que Guillén, siendo un año mayor que Navarro, refiera a este en las cartas con el tratamiento de don: “Ayer fue día fausto. Me llegó *España en su historia* (Y *El español en Puerto Rico*, de don Tomás Navarro)” (8 de enero de 1949). A punto de tomar un avión para su viaje a París y luego España en 1949 le da estas noticias a Teresa desde Nueva York: “Ahora he llamado por teléfono a don Tomás Navarro, que está redactando su Métrica.” (20 de junio de 1949): se trataba del famoso manual *Métrica española. Reseña histórica y descriptiva* (1956).

También sobresalen otros nombres: “En Nueva York vi a varios amigos: de don Tomás Navarro y Casalduero a Gaos y Clariana” (30 de diciembre de 1952). Joaquín Casalduero, “un exiliado voluntario de los años veinte” (Cardona, 2009: 660), fue profesor en la Nueva York University desde 1947 hasta 1968, y ya en 1946 había publicado un estudio sobre *Cántico*. El poeta Vicente Gaos, en Estados Unidos al menos desde

1948, daba clases en la Fordham University de Nueva York en 1952, y el poeta Bernardo Clariana, exiliado de la guerra Civil, había sido profesor de español en Middlebury College desde 1942, y más tarde redactor de la *Voice of America* y traductor al español de películas norteamericanas en Nueva York. Otro exiliado a quien frecuentará es Ángel del Río:

Fui con Ángel del Río y Florit a esperar a Bleuca (encantador) a La Guardia. 24 horas de Madrid a Nueva York. (22 de junio de 1950)

Anoche cené en casa de Ángel del Río. [...] Después nos retiramos a casa a las once. Pero yo ¡como en Madrid antaño! Seguí charlando con Ángel del Río, de pie, a la puerta de su casa, hasta las doce y pico. (23 de abril de 1957)

Del Río, que vivía en Estados Unidos desde 1926, fue profesor adjunto de Onís en el Departamento de Columbia hasta 1950, y luego jefe del Departamento de Español de la New York University hasta 1954, para volver finalmente a Columbia. Desde 1950 hasta 1954 se encargaría de la dirección de la Escuela Española de Middlebury.

Otra figura prominente en el Nueva York de los exiliados, y que será frecuentado por Guillén, fue Fernando de los Ríos. En 1936 el gobierno de la República le había nombrado embajador en Washington, y en 1939 se había trasladado con su familia a Nueva York, donde en 1920 había dado un curso en la Columbia University. Desde 1939 se incorporó al claustro de la New School for Social Research. Su mujer, Gloria Giner, “Doña Gloria” tal como se refiere a ella Guillén en el epistolario, daba clases de español en los cursos de extensión universitaria de la Columbia University (Muñoz-Rojas: 2009). La hija de ambos, Laura de los Ríos Giner, era profesora de español en Barnard College, centro privado adscrito a la Columbia University (Zulueta, 2001: 132).

También a Nueva York se había exiliado la familia García Lorca: Francisco, hermano de Federico, al llegar a Nueva York en 1939 con sus padres y su hermana Concha se recicló como profesor de Lengua y Literatura españolas en la Columbia University, y se reencontró con la amiga íntima de sus hermanas, Laura de los Ríos Giner, con quien contraería matrimonio en 1942 en la Escuela Española de Middlebury (Cardona, 2009: 658-659). Isabel, la hermana de Francisco, estaba desde el verano de 1938 viviendo con los De los Ríos-Giner en la embajada española en Washington, y al trasladarse a Nueva York con ellos fue profesora en diversas instituciones universitarias, así como en varias

ediciones de la Escuela Española de Middlebury a partir de 1940 (Véquez: 2017).

Sobre este escenario, desde la primera mención en una carta de 1949 hasta otra de 1960, prácticamente en todas Guillén refiere a “Doña Gloria”. La hospitalidad de la casa de doña Gloria y don Fernando era conocida:

[...] todos los domingos se abría a todos los amigos que andaban por la zona neoyorquina. No había que recibir invitación. Era una casa abierta a todos los amigos españoles desterrados y a los hispanoamericanos simpatizantes con la derrotada república. Don Fernando seguía siendo el embajador de la República, no en el palacete de Washington, sino en su piso de Riverside Drive. (Zulueta, 2001: 136)

Prácticamente en todas las cartas que refieren a Nueva York, Guillén le dará noticia a Teresa de sus visitas a casa de Doña Gloria y Don Fernando, frecuentemente invitado a comer, cenar o a una fiesta. En la carta del 6 de diciembre de 1949 escrita en Wellesley se percibe la honda admiración por el matrimonio y la agradable sintonía de la familia Guillén con los De los Ríos-Giner:

Me preguntaron mucho por vosotros, por Antó: la niña mayor, Gloria, es preciosa, con un dejillo andaluz que a mí —como diría Antó— me encanta. (Don Fernando, al lado, ni vivo ni muerto, pero separado de los vivos. Doña Gloria sí que es una santa). Allí estaban todos los García Lorca, los Ángel del Río, Pilar de Madariaga, la hermana de Castroviejo, los Texidor, etcétera: ¡gran casa española!

Otro de los intereses de Guillén para frecuentar a las familias De los Ríos-Giner y García Lorca-De los Ríos es la preparación de un prólogo para las obras completas de Federico García Lorca, que aparecerían en 1954 publicadas por la editorial Aguilar. El prólogo llevaría el título de “Federico en persona”. En la carta del 15 de octubre de 1952, le cuenta a Teresa:

Pero la mejor carta es la de la Casa Aguilar. Me ofrecen el oro y el moro, el 10%, y la cantidad que yo fije, además, por el Prólogo —¿os hablé de ello?— a las *Obras Completas* de Federico. Pues ya llevo escritas 70 cuartillas. No tengo ahora otra ocupación literaria. Creo que podré enviar el Prólogo en diciembre. Lo malo es que me quita tiempo para el *speech* sobre la poesía de Pedro. Lo de Federico lo hago con todo fervor, es decir, muy

sinceramente. Veremos lo que hará la Censura. También enviaré las cartas de Federico para esa Edición.

Y en la del 22 de octubre de ese mismo año indica: “Lo que no consigo es todo el tiempo necesario para ir escribiendo el Prólogo sobre Federico. ¡Tantas ocupaciones o distracciones impertinentes! (Ya llevo mediada la labor, sin embargo)”. Será Francisco —Paco— García Lorca en Nueva York su interlocutor fundamental para este proyecto. La evolución y culminación de este trabajo en el último trimestre de 1952 se puede percibir en la siguiente secuencia de fragmentos de las cartas:

Comí con doña Gloria, Laura y Paco. Muy cariñosos. Hablamos del Prólogo. Parecen muy contentos. (28 de octubre)

Quisiera pasar las vacaciones de *Thanksgiving* en Nueva York —para leer a Paco García Lorca mi semblanza de Federico—, supongo que ya la tendré puesta en limpio entonces. Y tendré que ver a los amigos con cuentagotas, ¡y volveré cansado! (15 de noviembre)

Esta mañana he terminado de poner en limpio la actual versión del Prólogo. Y verdaderamente no he levantado cabeza durante estos últimos días. Son 250 cuartillas —de las mías, pequeñas—. Mañana iré a Nueva York para consultar con Paco G. L. Trataré de ver a algunos amigos, pocos —y regresaré el domingo. (25 de noviembre)

Bueno, ayer pasé el día en Riverside Drive. Cariñosísimos, todos. Doña Gloria me tiene lástima porque vivo en Wellesley y en tales condiciones. Laura va a hablar a las señoras de la Escuela. A Laura —y todo el manuscrito— y a Paco les leí mi Federico en persona. Les gustó mucho, se emocionaron. Parecían sinceramente muy contentos. Ahora, la familia se ocupará en arreglar con el Editor la cifra de mi remuneración (porque las 5000 pesetas ofrecidas son, desde luego, insuficientes). Tengo aún que repasar el texto, atender a alguna pequeña observación de Paco, y darlo todo a copiar. Para en seguida ponerme a mi *speech* en la M. L. A. (27 de diciembre) sobre “Poesía de Pedro Salinas. (28 de noviembre)

No estoy demasiado cansado. Voy a terminar lo de Federico para pasar a lo de Pedro. (1 de diciembre)

Anoche estuvimos juntos en un concierto de Pine Manor. Sigo “terminando” —¡genio y figura...!— todavía lo de Federico. El lunes



empezarán a copiarlo. Y enseguida me pondré a lo de Pedro. (5 de diciembre)

Esta noche leeré aquí a Claudie y a los Heinz “Federico en persona”. No estoy descontento —porque he dicho exactamente lo que tenía que decir—. O sea: que me he volcado. Y, es verdad, que me queda poco tiempo para lo de Pedro. (Y quisiera ir a Nueva York, no sé si antes o después de Navidad). (7 de diciembre)

Estoy queriendo escribirte todos los días, pero desde el sábado —regresé de Nueva York el viernes— ha sido la *cohue*. Ante todo, reiteraré las “Felicidades” de mi telegrama. Si hace 30 años, tu maravillosa aparición me hizo llorar, ahora no ha dejado de sacarme alguna lágrima. ¡Estoy tan orgulloso de mis hijos! Y de sus consecuencias. (30 de diciembre)

En Nueva York vi a varios amigos: de don Tomás Navarro y Casaldueiro a Gaos y Clariana. Pasé la Nochebuena en casa de doña Gloria. Aquel día envié el Prólogo a Isabelita [probablemente Isabel García Lorca], Prólogo que me ha tenido prisionero más de dos meses. Esta noche lo leeré en Dunster House ante los amigos, porque Juan está enfermo desde anoche (gripe, probablemente). (30 de diciembre)

Como se aprecia, Guillén, además de la Escuela Española de Middlebury, encontraba en Nueva York un ambiente especialmente afín por razones de amistad y profesión ya iniciadas en España, donde se sentía el común sino del exilio.

### **3. LA CÁTEDRA NORTON EN LA UNIVERSIDAD DE HARVARD: LA POESÍA ESPAÑOLA EN EL CENTRO DE LA ACADEMIA**

En carta de Jorge Guillén a su hija Teresa y a su familia del 4 de diciembre de 1954, el poeta manifiesta la sorpresa de que le propongan para la prestigiosa cátedra Charles Eliot Norton de la universidad de Harvard. Es tal el estupor que hasta hace chanza de sí mismo: “Y ahora... ¡agarraos! Ahora viene lo del padre: ¡servidor!”. La cátedra se había instaurado en 1925 y consistía en el encargo de dar una serie de lecciones —seis en total— a lo largo de un curso académico, con la intención de que sirviesen de referencia para la formación y estímulo de los miembros de la universidad en las artes, la poesía, la pintura, la arquitectura y la música. Es decir, Guillén sabía de la enorme relevancia que tenía una propuesta

así. Con ella habían sido distinguidos T. S. Eliot (1932-33), Robert Frost (1935-36), Igor Stravinsky (1939-40), Thornton Wilder (1950-51) y, después de él, la obtendrán J. L. Borges (1967-68), Octavio Paz (1971-72), L. Bernstein (1973-74), C. Milosz (1981-82), Italo Calvino (1985-86), Harold Bloom (1987-88), George Steiner (2001-2002), entre otros.

En la misiva cuenta cómo ha sido elegido tercer candidato y los pormenores de la selección:

Envié a Poggioli una separata de *The Hudson Review* y me pidió cuatro más, y otra dedicada a MacLeish. No quiso decirme para qué. Ayer me lo explicó. El Comité de las Norton Lectures de Harvard ha escogido tres nombres como candidatos para las seis conferencias del curso próximo (ya sabéis: Eliot, Bowra, Cummings, Wilder, etc). El primero —no sé quién— y el segundo —Wallace Stevens— no han aceptado. Queda el tercer candidato a quien van a dirigirse: ¡yo!

Renato Poggioli era eslavista y profesor de Literatura Comparada en Harvard, mientras Archibald MacLeish lo era de Retórica y Oratoria en Harvard desde 1949, pero anteriormente había sido director de la Biblioteca del Congreso de los EEUU y asistente para la Secretaría de Estado en asuntos culturales de los EEUU, además de responsable de conceder el premio de la Academy of Arts and Letters. Con este reconocimiento y encargo, Guillén y la poesía española se ponían en el centro de la vida académica de Harvard y nuestra literatura adquiriría una relevancia extraordinaria.

Así y todo, el poeta se inclina por declinar el reconocimiento. No lo vio factible, no creyó que pudiese en aquel momento llevar a cabo una realización digna. Guillén se debate entre la posibilidad de que su intervención esté a la altura, le tienta la remuneración para el encargo y, a la vez, se resiste a convertirse en *vedette* de la cultura, al ponerse en el centro de los estudios humanísticos de la universidad de Harvard, por eso concluye en la misma carta:

Proyecto, por desgracia, absurdo, disparate sin posible realización digna. Hay que dar esas conferencias —seis— en inglés, y publicarlas en libro. Honorarios: una atrocidad. No sé, 17.000 dólares... Todo ello no encaja, sobre todo ahora, en 1955-1956, en mis circunstancias. Pero ¿cómo es posible que se les haya ocurrido que yo pudiera ser la *vedette* requerida en esas solemnísimas ocasiones?

Da razones de peso para no considerar el honor: la primera la atribuye a sus *circunstancias*. En seguida, y por el contexto, podemos saber que se refiere a su compromiso con su poesía, en ese momento está escribiendo *Clamor* y a ello quiere dedicar todas sus energías. El empeño poético no le permitiría hacer una cosa digna. De hecho, unos días más tarde, escribe que ese año ha tenido una buena racha y ha escrito unos dos mil versos de *Clamor*.<sup>4</sup>

La segunda es ese aborrecimiento de Guillén por convertir la cultura o al poeta en objeto de espectáculo. A pesar de todo, en esta primera misiva parece no cerrarse del todo a la posibilidad, les pide a los suyos discreción y decide esperar, a la vez les pide consejo: “¡Dios mío, qué aventuras! Claro: secreto absoluto. Esperemos ¿Qué os parece?”.

Doce días más tarde, el 16 de diciembre, cuenta la carta que ha recibido confirmando lo que anunciaba el 4 de diciembre:

El miércoles anterior recibí la invitación del Comité. ¡Carta épica! Escrita por MacLeish en los términos más afirmativos y elogiosos. El Comité de las Norton Lectures me proponía unánime y entusiastamente. Seis conferencias. 17000 dólares. La obligación de publicar el libro. La posibilidad de dar un

---

<sup>4</sup> *Clamor* aparece por primera vez en estas cartas como respuesta a un comentario de Teresa (5 de mayo de 1950): “«La vida es horrible y tienes que escribir *Clamor*». De acuerdo en lo segundo. En lo primero también, si quieres decir. La vida es horrible cuando deja de ser vida, cuando se nos precipita a la muerte o se nos mezcla de muerte. Y no de la propia muerte, que es lo de menos, sino de la que nos lleva a los seres queridos”. El 18 de mayo del 54 dice: “Acabo de contar las páginas con versos que tiene *Clamor*: 214”. El 16 de diciembre de 1954 dice que ese año ha tenido una buena racha y ha escrito unos dos mil versos, por eso no quiere desaprovecharla. El 14 de enero de 1955: “Yo me llevaré en mis copias todo *Clamor*. El único poema que no he revisado es el de Luzbel; no he tenido tiempo. Son ya más de cinco mil versos, es decir, la mitad del libro”. Y el 2 de julio de 1956 añade: “Transcurren los días en una paz perfecta; en mi Wellesley más perfectamente Wellesley. Apenas veo a los vecinos. Y trabajo. Estoy en la parte central de *Clamor*. O sea a la dedicada a mamá, ya van dos sonetos «Rosa estrellada» y «Entonces»— y un poema de cuatro páginas: «Una iluminación». Por las noches leo las cartas de aquellos años, para evocar nuestro ambiente”. Y en junio de 1958 lo da casi por terminado: “He revisado textos de *Clamor* y he escrito un poema —el que me faltaba para la segunda parte— inspirado por Gabriel Pradal”. Esta serie de comentarios, ratifican que Guillén, efectivamente, estaba en marcha y que las Norton Lectures se pronunciaron en el periodo en el que concluía los poemas de *Clamor*. Además en estos comentarios, se confirma la tesis de Claudio Guillén (Guillén, 2002: 95) y de Christopher Maurer (Maurer, 2000: 18) de que no hay cesura entre *Cántico* y *Clamor*. En toda la trayectoria del poeta se mantienen la misma fe y los mismos propósitos.

curso o un seminario en Harvard: Wilder lo dio, Stravinsky no lo dio. Hindemith lo dio...

Y la posterior entrevista con MacLeish que el poeta describe con pelos y señales. Comunica a sus hijos cómo el profesor de Harvard se mostró muy *sweet* con él. Le regaló un libro *Songs for Eve*, publicado ese mismo año de 1954, con una dedicatoria: "... with profound respect and admiration..." y le pidió un ejemplar de *Cántico*, signo de la admiración de MacLeish por la poesía del español. No obstante toda la cordialidad de la entrevista, Guillén no dudó en agradecer la invitación y en rechazarla o, al menos, para ese momento. Así su razonamiento que desgrena con todo detalle —de ahí el interés en reproducirlo completo— fue el siguiente:

Pues bien, mi razonamiento se resumió así. Me cuesta mucho trabajo renunciar a esta única *opportunity*, y no solo para mí, sino para la poesía española, para España. Pero esta invitación no me conviene en mis actuales circunstancias. Habría dado las conferencias en inglés —traducidas por mi yerno y mi hijo de mi texto español—. Pero lo importante no es el acto de la conferencia sino el libro. Libro que me habría exigido dar *my best* no solo por la solemnidad de la ocasión sino porque nada hay para mí más grave que escribir un libro. Este me habría interesado mucho. Y me habría pedido dos o tres años, por lo menos, de trabajo, antes y después de las conferencias. Yo no sé hacer las cosas a medias. Habría tenido, pues, que interrumpir más o menos completamente el otro libro, *Clamor*, el que está ahora en plena marcha.

Efectivamente, con enorme sinceridad y libertad de ánimo, Guillén ponía de manifiesto la prioridad que daba en ese momento a su poesía, y en concreto a *Clamor*, quería seguir la buena racha como se ha dicho. Para sorpresa del poeta, que probablemente esperaba otra reacción ante su negativa ("Yo expuse mi criterio con el temor de que pareciera ridículo"), se encuentra con una liberalidad inesperada de MacLeish: "El efecto fue contrario. MacLeish me repitió: «Wonderful! Wonderful!» Y también: «We are proud of you» o cosa así". Y más aún, el enorme respeto de MacLeish a las razones poéticas le hace reaccionar de una manera sorprendente: el profesor, presidente de la American Academy of Arts, está decidido a darle el premio que se da cada cinco años a un poeta extranjero.

Por lo que se colige en la carta, Guillén había tomado la decisión concienzudamente y, por eso, utiliza esa expresión que se puede ver en

otras ocasiones a lo largo del epistolario “muy de acuerdo consigo mismo”. De hecho, Teresa le había animado a su padre diciéndole que sus conferencias eran maravillosas, a lo que el padre responde: “Teresa me dice en su carta: «Tú te escribes unas conferencias maravillosas...» ¡Qué rica! Eso demuestra la confianza que en mí tienen mis hijos. Sí, pero yo sé lo que me habrían exigido unas conferencias, si no maravillosas, dignas”. La decisión la toma, pues, en lo que podríamos llamar el *ámbito de Cántico*, es decir, teniendo en cuenta a sus más queridos que sabe que son la raíz de su poesía. Tal y como se concluye: “Por otra parte, no he vacilado un solo instante, y lo he pensado largamente. Así de acuerdo conmigo mismo, estoy seguro de que tu madre, Teresa, habría aprobado mi conducta”.

Ahora bien, no se equivocó cuando dejaba caer la posibilidad de que se lo volviesen a ofrecer de nuevo: “Y ¡quién sabe! Espero que esta invitación me vuelva, tras la primera edición de *Clamor*”.

Así fue, en el curso 1957-1958 Jorge Guillén ocupó la cátedra Charles Eliot Norton en la Universidad de Harvard. Las conferencias de este curso fueron recopiladas y publicadas en inglés por la Harvard University Press en 1961, con el título *Language and Poetry*. En español se publicaron en 1962 bajo el título *Lenguaje y poesía*, por Revista de Occidente (censurada) y la versión completa por Alianza Editorial en 1969. Comenzó a dar las conferencias en diciembre de 1957, Guillén dice el semestre de “Winter”, pero continuaron en el semestre de la primavera del 58. En carta a Américo Castro del 16 de abril de 1958, le dice: “Ya no me falta más que la última de las conferencias de C.E. Norton” (Guillén y Castro, 2018: 225) Lamentablemente no se conservan en este epistolario referencias o comentarios a las lecciones en Harvard de ese año; solo hay cuatro cartas porque entonces Steve Gilman y Teresa Guillén se han trasladado a Arlington, Ma. y, muy probablemente, las confidencias serían de viva voz. Lo que sí ha quedado es el texto y en él se ve ese empeño de Guillén de no hacer las cosas a medias, porque *Lenguaje y poesía*, siendo una selección muy personal de escritores de nuestra literatura española, constituye un compendio muy significativo. Se trata de una selección de determinadas voces para dar, sin afanes enciclopédicos, una sabia presentación de los lenguajes literarios españoles con voluntad de poesía y de creación. Así la descripción del lenguaje prosaico de Berceo, el poético de Góngora, los insuficientes de San Juan de la Cruz, por místico, y de Bécquer, por soñado, el suficiente de Miró y el de poema que atribuye a su generación, son lecciones que bien podrían figurar en un ejemplar manual de Literatura

Española. Lo vio bien don Américo Castro; en carta del 4 de abril de 1961, cuando supo darse cuenta de que no era un texto reducido a esqueleto sino vivo por la fineza de los comentarios: “Estoy leyendo su precioso volumen *Language & Poetry*, y ya es hora de decirle cómo me encantan sus finísimos comentarios a lo que de otro modo, sería esqueleto de articuladas anécdotas”. (Castro, 2018: 236)

Además, al hilo de cada estudio particular de los autores, rezuma una consistente concepción de la palabra: “Como las palabras son mucho más que palabras, y en la breve duración de su sonido cabe el mundo, lenguaje implicará forma y sentido, la amplitud del universo que es y representa la poesía” (Guillén, 1969: 8)

El episodio muestra la responsabilidad que el poeta vallisoletano sintió hacia el encargo y tuvo la inteligencia y paciencia de esperar al momento adecuado para presentar a la sociedad académica americana un texto sobre la poesía española que fuese significativo. Además, lejos de proponerse a sí mismo como centro de las lecciones, dejó paso a los que consideraba grandes poetas de nuestra historia literaria. De hecho, en una de las reseñas de la publicación norteamericana, C. A. Jones señala ese dejar pasar por delante del comentario de la propia poesía —que bien podría haber aprovechado Guillén—, la de *sus* poetas españoles, por eso resultan unas lecciones “impersonal in tone and their ostensible subjects are poems of other men” (Jones, 1962: 236). Eso que sorprendió al público de entonces es una muestra del interés de Guillén por ser emisario y embajador de su lengua española hecha poesía, esos lenguajes que hacían posible el de su generación.

Guillén supo ver que las lecciones de Norton exigían toda una vida de lecturas y escrituras y, por eso, no dudo tampoco en derrochar energías para que las ediciones que circularan, más allá de las lecciones pronunciadas, fuesen lo más cuidadas posibles. Vivió el encargo como una gran fortuna (“la vida de cualquier hombre puede ser a veces muy afortunada”, Guillén, 1969: 8) y difundió su trabajo para hacer llegar nuestra poesía a los lectores americanos, y después a los italianos y los españoles. De hecho, antes de la publicación en inglés pide noticias a su hija desde Italia (Lido di Camaiore, Domingo 2 octubre 1960): “Por cierto, veo me habéis mandado el prólogo de MacLeish. Deseo leer esas páginas y escribir a ese autor. Y a propósito. No sé nada de la Harvard Press. Podrías, Teresa, telefonar a Miss Louise Ann Coffin, UN8 7600 -ext. 2612, preguntándole de mi parte «qué se le ofrece»; a lo mejor podrías traerme pruebas del libro”. La primera versión es en inglés, pero pronto

interesa también a los italianos, lo dice en carta del 4 de junio de 1960: “Tengo que tratar con Macrì de la traducción de *Lenguaje y poesía*”. Y añade que teme la versión española: “Libro que en España tropezaría — estoy seguro— con la censura”. Como así fue y reconoce en carta a Américo Castro el 3 de mayo de 1961: “Mi querido Américo: imagínese cuánto le agradezco y cuánto me halaga su amable comentario de *Language and Poetry*. El texto original será publicado —espero que el próximo otoño— por la Revista de Occidente. La censura no ha mutilado más que la última página” (Guillén y Castro, 2018: 237-238). En el epistolario aparecen bastantes comentarios al seguimiento de la publicación. Entre otros cabría destacar la alegría de que se publique en Revista de Occidente (“Ayer recibí por avión un ejemplar de *Lenguaje y poesía*. Ha quedado bastante bien: Un noble libro más de la Revista de Occidente. Ortega hijo me escribe que «está orgulloso de publicar este libro». Frase muy de agradecer por venir de esta tan difícil familia”), en carta fechada en 1962 desde Río Piedras; y la posterior edición en Alianza de bolsillo ya sin censuras, a propuesta de Jaime Salinas (“Acabo de escribir a Jaime Salinas, aceptando su idea —que me es muy grata— de reeditar como libro de bolsillo *Lenguaje y poesía*”), en carta de enero de 1969.

Ahora bien, volviendo a la edición de las lecciones de Harvard en inglés, que fue la que más recorrido tuvo en EEUU, habría que destacar esas palabras del prólogo de MacLeish. En él alentaba al conocimiento de uno de los grandes espíritus de nuestro tiempo y con él a un conocimiento de la cultura española: “One of the prices we pay for our ignorance of Spanish in this country is our ignorance because he writes in Spanish, of one of the great spirits of our time” (MacLeish, 1961: ix)

#### **4. EL PREMIO DE LA ACADEMY OF ARTS AND LETTERS: LA MAGNANIMIDAD DE AMÉRICA Y LA CONTRIBUCIÓN DE LO ESPAÑOL AL “PLANETA COMÚN”**

En una carta del epistolario *Cartas a Teresa*, fechada en Roma, el 17 de febrero de 1961, Guillén hace una comparación entre una recepción literaria en la capital italiana con lo que debía ser el mundo de Cambridge:

Me angustia hoy particularmente la falta de tiempo. No puedo escribiros la carta gustosa que me habría complacido redactar ahora. Las cartas, la gente, estos trabajos secundarios de corrección y copias... ¡Esta comedia

literaria! Me divierte, me sonrío, me anima. Estos días han sido de intensa *mondanité* ¡como si estuviéramos en Cambridge! Anoche, cena fría —a la americana— en casa de una pintora. Hablamos con Moravia, Elsa Morante, Guttuso, etc., etc.

El poeta había llegado a Wellesley en 1940, la universidad femenina del estado de Massachusetts, algo retirada de la ciudad de Boston y del Cambridge de la universidad de Harvard. Desde su asentamiento apartado, Guillén no dejó nunca de participar de la vida académica de Boston, tanto o más que de las veladas artísticas, la asistencia a conciertos y las recepciones a amigos poetas y profesores, pero también se puede ver en las cartas que nos ocupan que mantuvo una disciplina y un orden para escribir su poesía, atender a su familia y escribir cartas a los amigos y, cuando no tenía tiempo para ello, se lamentaba de la *mundanidad* y de la “comedia literaria” en la que se podía convertir el mundo académico y cultural.

Ahora bien, tuvo la cualidad de hacer de un premio, como el de la Academy of Arts and Letters que se le concedió en 1955, ocasión para una declaración —si no un manifiesto— de la necesidad de la poesía y, más concretamente, del papel de la cultura española en el mundo. Como ya se ha visto más arriba, la concesión del premio de la Academy of Arts and Letters le llega de la mano de Archibald MacLeish, al que había dado largas para aceptar la cátedra Norton. Así se lo explica a su hija en la carta ya citada del 16 de diciembre de 1954:

Cada cinco años se concede un premio a un poeta extranjero. El premio anterior fue para St. John Perse. El próximo, —en el próximo mayo— me será otorgado a mí. 1000 dólares. MacLeish añadió riendo —y por excepción, en francés: «*C'est déjà quelque chose!*» Por supuesto, es un secreto, estilo americano.

Cosa que se confirma en carta del 10 de febrero de 1955, diciendo que lo acepta (“¡Perfectamente!”), y que no deja de admirarse de la generosidad de los americanos: (“¡Y yo concluyo ¡qué generosos son los americanos! (Este año me dan la Guggenheim y este premio académico)”). Ahora bien, aunque manifiesta su agradecimiento, da por asumido el premio, y se permite una confidencia que nos revela en qué lugar ponía Guillén este tipo de reconocimientos, por eso añade en esta misma carta y a continuación: “Y me digo, por otra parte: el mejor premio será, va a ser...



reunirme con mis hijos y mis nietos. Lo mejor de toda esta galaxia, querido Antó, para mí son... mis hijos y mis nietos (...) Hasta pronto, besos, abrazos. Vuestro Jorge”.

Que el premio que valoraba Guillén por encima de los demás fuese la existencia de esas “criaturas” y sus “creadores”, como llamará a sus nietos e hijos respectivamente, no quita un ápice para considerar el premio como una llamada a una respuesta a la altura de lo recibido. En este sentido, nos parece importante poner de manifiesto el interés que tiene el discurso que pronunció con motivo de la aceptación del galardón.<sup>5</sup> Por otro lado, tal y como se ha visto más arriba, los quehaceres poéticos y académicos de Guillén los compartían todos los miembros de la familia como cosa suya. Indicio de ello es la cumplida información sobre cada actividad o escritura que da don Jorge a sus hijos y nietos. En este caso, llegará a contar además con la libertad que tiene para pedirle a Stephen Gilman, recién contratado profesor de Harvard, la traducción de su discurso. En carta del lunes 18 de abril de 1955, Guillén escribe desde Torremolinos:

Mi querido Steve: Ahí tienes las cuartillas que propongo a la iniciativa de tu pluma... y a tu inmensa amabilidad. No te esfuerces en traducir de un modo estricto. ¡Que tu Musa te sople! Te agradeceré mucho que me envíes la traducción —si es posible a máquina en dos o tres copias, y si no, manuscrita a Valladolid—. De allí la reexpediré yo a nuestro MacLeish ¡Gracias, gracias, gracias!

Y efectivamente, adjunto a la carta, está el discurso que Jorge Guillén escribió en agradecimiento al premio y que pronunció el 25 de mayo de ese año. En el texto se ve una vez más cómo el poeta no desaprovechaba ocasión para promover la poesía española en el mundo americano. El discurso es breve, pero nada de lo escrito es banal o dicho por acaso. En primer lugar, Guillén agradece a Norteamérica su capacidad de acogida, el poeta español, gran europeísta, sabía reconocer las virtudes de un mundo en el que había vivido contento —a pesar de sentir la nostalgia del desterrado—, por eso dice: “El premio me hace pensar ante todo en la generosidad americana. El mejor hombre será siempre el más generoso, y sin duda Norteamérica posee esa virtud eminentísima en grado incomparable”. Guillén no era ajeno a su condición de “España peregrina”,

---

<sup>5</sup> Se puede leer completo en <https://guillen.linhd.uned.es/madrid-lunes-santo-de-1955/>

pero reconoce que la suya no fue una “lost generation” porque haciendo honor a sí mismo, nunca se dejó llevar por la desesperanza. De hecho, sus lecciones de Harvard las concluía con una cita de Fritz Shalk que reconocía en la poesía del autor: “Que los muertos entierren a sus muertos, jamás a la esperanza” (Guillén, 1969: 197). En segundo lugar, con tono humilde pero rotundo, afirma que su obra se crea en español. Eso que señala como límite —“He aquí a un escritor español cuya obra se desenvuelve dentro de los propios límites lingüísticos. Obra en verso, apenas traducida y apenas traducible”— es a la vez condición de la obra literaria y, en opinión de Guillén, grandeza de la poesía que considera intraducible. Así el escritor hace un alegato de la palabra como indisolubilidad de sonido y significado:

[...] muy poco puede representar la traducción de la poesía. Todos los impulsos conscientes e inconscientes del poeta se dirigen hacia el vocablo sin posible sinónimo: su sentido no habrá de ser desintegrado de su sonido. Todo se conjura para que el poeta quede encadenado a su idioma.

Esto que podría suponer un desafío para los interlocutores a los que se estaba dirigiendo —fundamentalmente americanos— lo realiza con esa cortesía propia del vallisoletano que se llama a sí mismo “encadenado” y aprovecha para redundar en “la tradición de hospitalidad que es la historia de este Continente”. Insistiendo de nuevo en la acogida del país, que desde luego era experiencia muy viva en Guillén, actúa de acicate para subrayar la necesidad del aprendizaje de lenguas que permitan sentir el mundo de maneras diferentes. El Jorge Guillén, lector en las universidades europeas y luego profesor en las americanas, parece poner su propio afán de salir hacia lo distinto y aprender nuevos modos en el horizonte de sus interlocutores. Cosa que, por otro lado, dejó como herencia a sus hijos: Teresa Guillen estaba orgullosa de haber sido educada en varias lenguas: “Dicen que los niños quieren ser iguales, pero yo creo que no, de ninguna manera. A nosotros nos hacía mucha ilusión ser bilingües” (Baquero, 2002: 145); además acogía en su casa a artistas del mundo entero. Y a Claudio Guillén, profesor y referencia del comparatismo, cuyos títulos de dos de sus libros más estudiados son *Entre lo uno y lo diverso* (1985) y *Múltiples moradas* (1998). Continúa augurando un mundo más unido que salga de sus propias fronteras:

Cierto que la vida actual, si es de veras actual, va dejando de ser provinciana. Y como la existencia interior de un pueblo depende más que

nunca de las relaciones internacionales, todos o casi todos somos ya —y más cada día— compatriotas alrededor de un planeta común, bajo un común destino.

El final del discurso es rotundo y se permite desafiar, con mucha libertad y valentía, tanto los intereses como los dogmas del mundo (“tan feroces los unos como los otros”) con la “gran poesía” a la que considera tanto antídoto contra los intereses y dogmas, como a las corrientes nihilistas o tendencias desactivadoras de la misión de la poesía bajo el calificativo de su inutilidad.

¿Cuál es la función de la poesía? ¿Cuál es su esencia? ¿Con qué contribuye a ese planeta que, según Guillén debe tender a la casa común? Con su capacidad de ser “creador de vida en la plenitud de su forma, es decir, de plenaria vida valiente”. Y esta acción del poeta es vital, nada tiene que ver con “vaguedades idealistas” o con “evasiones más o menos oscuras”. El poeta solo lo es si es fiel a la cualidad de su acción, es decir, la de una “actividad fecundante”. En este sentido, su discurso, partiendo de una descripción de los límites lingüísticos de sus versos se alza hacia la exaltación del poeta universal: “Pero lo que más importa es que honre con ella la función vital de todo poeta”. No se olvida Guillén de las implicaciones políticas que tiene la poesía y, de nuevo con esa valentía cortés del español, augura “una comunidad humana toda hostil al culto del Satanás atómico”.

Un discurso de tanta contundencia y claridad es, sin lugar a dudas, una crucial contribución al hispanismo norteamericano. Porque como bien dijo su hijo Claudio el destierro fue para Guillén tierra fecunda de su poesía. Así lo argumenta en el artículo titulado significativamente “Tierra feliz del desterrado”: “Para el poeta (...) el entorno, el mundo inagotable que le rodeaba, no sería hasta el final sino una innovación constante a la profundización mediante la palabra en el ejercicio de la sensibilidad y la inteligencia” (Guillén, 2002: 95).

## CONCLUSIONES

En esta exposición de cuatro aspectos de contenido principales en el epistolario de Jorge Guillén a su hija Teresa hemos podido mostrar elementos complementarios al conocimiento ya disponible sobre el hispanismo en Norteamérica en el periodo 1948-1957. La complementariedad que aportan es, en nuestra opinión, la propia de una

historia de la vivencia de los hechos, inextricablemente fundida con la historia de los hechos mismos. Si la Escuela Española de Middlebury College, la ciudad de Nueva York, las Charles Eliot Norton Lectures de Harvard y el Premio de la Academy of Arts and Letters fueron realidades señeras del hispanismo y de los años norteamericanos de Jorge Guillén, y van contando con una creciente historiografía, el epistolario a Teresa trae la temperatura emocional y las claves vivenciales de interpretación. Queda así, en primer plano, el tejido humano en que se fueron bordando las acciones y logros, y que nos ayudan a comprender principalmente la red de afectos y significaciones que los sustentaron.

### BIBLIOGRAFÍA

- Baquero, Graciela (2002), “Entrevista a Teresa Guillén”, en *Boletín Fundación García Lorca*, vol. 15, 31, pp. 133-149.
- Bou, Enric (2014), “Lecturas polifónicas de los epistolarios de Jorge Guillén y Pedro Salinas”, en *Cuadernos AISPI*, 3, pp. 59-76.
- Cardona, Rodolfo (2009), *La República y la cultura: paz, guerra y exilio*, Madrid, Akal.
- Christian Jr., William A. (2020), “Las cenas atlánticas de 29 Lancaster street, Cambrige (Massachusetts), 1981-1988”, en *XXIII Coloquio de Historia Canario-Americana (2018)*, XXIII-071, <http://coloquioscanariasamerica.casadecolon.com/index.php/CHCA/article/view/10468> [15/01/2023].
- García Lorca, Federico (1954), *Obras completas*, recopilación, cronología, bibliografía y notas de Arturo del Hoyo, prólogo de Jorge Guillén, epílogo de Vicente Aleixandre, Madrid, Aguilar.
- García Lorca, Isabel (2002), *Recuerdos míos*, Barcelona, Tusquets.
- Garrido Domínguez, Antonio (2015), *Augusto y Juan Centeno, dos rondeños en la Residencia de Estudiantes y en la América del exilio hispano*, Cádiz, La Serranía.

- Guardía Herrero, Carmen de la (2010), “Diásporas culturales. Los republicanos españoles y la transformación del hispanismo estadounidense”, en *Miríada hispánica*, 1, pp. 117-128.
- Guillén, Claudio (2002), “Tierra feliz del desterrado”, en *Wellesley, recuerdo ileso. Una celebración de lo hispano en el 125 aniversario*, eds. Elena Gascón Vera y Carlos Ramos, Lleida, Milenio, pp. 87-95.
- Guillén, Jorge (2010), *Cartas a Germaine (1919-1935)*, Madrid, Círculo de lectores-Galaxia Gutenberg.
- Guillén, Jorge (1969), *Lenguaje y poesía*, Madrid, Alianza Editorial.
- Guillén, Jorge y Castro, Américo (2018), *Correspondencia (1924-1972)*, ed. Manuel J. Villalba, Valladolid, Fundación Jorge Guillén-Universidad de Valladolid.
- Jones, C. A. (1962), “Jorge Guillén, “Language and Poetry. Some Poets of Spain” (Book Review)”, en *The Modern Language Review*, 57, 2, p. 236.
- Martín Ezpeleta, Antonio (2020), “Claudio Guillén en Harvard, génesis del comparatismo español”. *Revista de Literatura*, julio-diciembre, vol. LXXXII, núm. 164 págs. 375-397, ISSN: 0034-849X
- Maurer, Christopher (2000), *Memoria y vida en Jorge Guillén (1947-1965)*, ed. y notas de Claudio Guillén, Madrid, Ayuntamiento de Madrid.
- Muñoz-Rojas, Ritama (2009), “*Poco a poco os hablaré de todo: historia del exilio en Nueva York de la familia de los Ríos, Giner, Urruti: cartas, 1936-1953*”, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.
- Ramos, Carlos (2022), “Teresa Guillén de Gilman, Wellesley, Class of 1943: A Life in Letters”, en *Justicia para todos. Proceedings from the AATSP 12 Northeast Regional Conference held at Wellesley College September 27-28, 2019*, Lexington, Regwell Press, pp. 253-261.

Salinas, Pedro y Guillén, Jorge (1992), *Correspondencia (1923-1951)*, ed. Andrés Soria Olmedo, Barcelona, Tusquets.

Véquez, Roberto (2017), *En Las Montañas de Vermont. Los Exiliados en La Escuela Española de Middlebury College (1937-1963)*, Middlebury Language Schools (fecha de consulta: 15/01/2023), <https://schoolofspanish.middcreate.net/centenario/libro/index> [19/01/2023].

Vicent, Juan Manuel, Martínez, M<sup>a</sup> Isabel y Díaz del Río, Pedro (2020), “Una entrevista con Antonio Gilman Guillén. Primera parte”, en *Trabajos de prehistoria*, 77, 1, enero-junio, pp. 7-29, <https://doi.org/10.3989/tp.2020.12244>.

Zulueta, Carmen de (2001), “Los domingos de don Fernando”, en *Fundamentos de antropología*, 10-11, pp. 131-137.